

cumplir el objetivo expresado. En el “Conjuro de las habas” (núms. 33-39), por ejemplo, el texto acompañaba a la “suerte o sortilegio de las habas, práctica adivinatoria muy común en la Nueva España, especialmente entre las mujeres” (p. 95); con un número determinado de habas que se mezclaban con otros ingredientes y “se arrojaban en el piso, en una mesa o sobre un paño blanco” (p. 96). La disposición de las habas y los objetos arrojados resolvería la incógnita que se buscaba aclarar con el conjuro. La enunciación del texto, que acompañaba, pues, la mencionada suerte, conjuraba el poder de las habas y solicitaba una respuesta; en la versión *D* (núm. 36), por ejemplo, se indica: “Yo os conjuro havas, / con don sant Pedro y con sant Pablo / y con el apóstol Santiago... / Habas, / que me digáis la verdad”.

En total, el libro presenta un amplio *corpus* de 78 textos: 15 oraciones, 17 ensalmos y 46 conjuros, que da cuenta de la vigencia que estas formas textuales tuvieron y tienen, en el período referido y en otras latitudes y otros tiempos, según lo ilustra también el Apéndice II, “Otras versiones antiguas y modernas de oraciones, ensalmos y conjuros” (pp. 165-185). Como es de suponerse, por el carácter oral del *corpus*, muchos textos son versiones diversas de uno solo anterior, y los hay hasta con nueve o diez diferentes.

Araceli Campos aporta, con este libro, no sólo un repertorio de textos de gran interés, sino una coherente propuesta para su clasificación y estudio. Ella ha realizado trabajos sobre otros aspectos de estos materiales en su tesis doctoral, así como en diversos artículos: véase, por ejemplo, “El ritmo de las oraciones, ensalmos y conjuros mágicos novohispanos”, en *Revista de Literaturas Populares*, núm. 1, 69-93. El libro al que estas líneas han hecho referencia tiene sin duda la virtud de llamar la atención sobre la presencia y el modo de ser de estas singulares formas textuales; el magnífico trabajo editorial realizado por la autora, así como el interesante estudio presentado, seguramente darán lugar a nuevas investigaciones sobre el tema.

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ

Universidad Nacional Autónoma de México

ALBERTO MARTINO, *Il “Lazarillo de Tormes” e la sua ricezione in Europa (1554-1753)*. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa-Roma, 1999; 2 ts.: ix + 593 y 726 pp.

A la “recepción” del *Lazarillo* en Europa está dedicado todo el segundo volumen de esta obra monumental: las traducciones, las imitaciones, la resonancia del áureo librito en Francia y los Países Bajos meridionales (pp. 1-86), en Inglaterra (87-161), en los Países Bajos septentrionales (163-

193), en Italia (195-299), en los países de habla alemana (301-426)<sup>1</sup> y en Portugal (427-454). Lo único que puedo decir de estos seis capítulos es que son una maravilla de precisión y de exhaustividad. El resto del volumen contiene la ciclópea bibliografía (pp. 461-665) y los índices.

La misma precisión y la misma exhaustividad imperan en el primer volumen, que constituye una documentadísima enciclopedia de todo cuanto atañe al *Lazarillo*. El cap. 1, “Storia e trasmissione del testo” (pp. 1-133), cubre las vicisitudes editoriales, desde los *Lazarillos* de 1554 (Burgos, Amberes, Alcalá, con el recién descubierto de Medina del Campo) hasta el de Lisboa de 1660. Su complemento es el cap. 6, “Le continuazioni” (pp. 555-593): la anónima de Amberes (1555) y la de Juan de Luna (París, 1620).

El cap. 4, “Le fonti” (pp. 243-313), recoge todo lo que se ha comprobado y todo lo que se ha fantaseado en cuanto a las “fuentes” del anónimo libro. Se le han descubierto “analogías” con el *Asno de oro* de Apuleyo y con la *Celestina*; se le han encontrado “antecedentes” en las *Confesiones* de san Agustín (*apologia pro vita sua*), en el *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán* (aunque posterior al *Lazarillo* [y publicado por primera vez en el siglo XIX!]), en las “cartas” guevarianas del emperador Marco Aurelio (*sic* J. L. Madrigal, *RFE*, 76, 1996, 282-292) y hasta en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés (pues así como Cortés se dirige a la Cesárea Majestad, así Lázaro se dirige a “Vuestra Merced”: M. J. Asensio); y algunos han leído el *Lazarillo* como parodia del *Cortesano* de Castiglione o como un *Amadís* invertido. Nada de esto, si bien se ve, sirve para entender un libro tan diáfano. Ciertamente no se ha hallado nada comparable con lo que fueron para Rabelais las *Grandes Chroniques* o el *Baldus* de Folengo. Las únicas “fuentes” de interés son las folklóricas, estudiadas, entre otros, por M. Bataillon, M. R. Lida y A. Redondo: las aventuras de un ciego y su lazarrillo —¡el racimo de uvas!—, el escudero presumido pero que no tiene ni en qué caerse muerto, el buldero y sus artimañas, el clérigo avaro, el fraile lujurioso, etc. En vista de tantas “fuentes” folklóricas —y literarias (el episodio del buldero pudiera tener un antecedente en el *Novellino* de Massuccio Salernitano)—, A. González Palencia llegó a definir el *Lazarillo* como una ristra de cuentos sin base alguna en la “realidad”. Nadie dice ya semejante

<sup>1</sup> Gran parte de este capítulo (el más largo de los seis) no se refiere a la fortuna del *Lazarillo*, sino, de manera general, a “la diffusione della letteratura spagnola nell’area di lingua tedesca”. Se había publicado muy poco antes, en alemán, en un homenaje a Gerhard Spellerberg. (Lo normal es que el autor de un libro de gran envergadura incluya en la bibliografía algunas muestras de su *work in progress*. Así, en la edición del *Lazarillo* por Francisco Rico, 1987, figuran 13 títulos de trabajos del propio Rico. Por eso llama la atención el que Martino no incluya en su bibliografía ningún otro estudio suyo dedicado al *Lazarillo*. Con su *magnum opus*, se ha situado de golpe entre los grandes abanderados de la *Lazarilloforschung*.)

cosa. Por una parte, todos esos materiales están colocados en un lugar preciso dentro de un relato artísticamente construido. Y, por otra parte, las figuras “folkloricas” pululaban en la *realidad* española del siglo XVI.

A la cuestión del *autor* se dedica el cap. 3 (pp. 183-241), pirandellianamente intitulado “Un personaggio in cerca di autore”. Los candidatos no han sido pocos: Fernando de Rojas, el de la *Celestina* (H. Mancing), el “comendador griego” Hernán Núñez (A. Rumeau), los hermanos Alfonso y Juan de Valdés (J. M. Asensio), Gonzalo Pérez (D. Brenes Carrillo), Pedro de Rhúa (A. Marasso), Lope de Rueda (F. Abrams). F. Márquez Villanueva encuentra todavía buena la candidatura —sostenida en 1914 con gran ímpetu por el atolondrado J. Cejador— de un escritor tan burdo como Sebastián de Horozco.

Los únicos candidatos “serios” son Juan de Ortega, fraile jerónimo, y don Diego Hurtado de Mendoza, personaje ilustre. El cronista de la orden de San Jerónimo, fray José de Sigüenza, después de describir a Ortega (nombrado general de la orden en 1552) como “hombre de claro y lindo ingenio y para más..., poco encapotado, prudente amigo de letras, y de las que con razón se llaman buenas letras”, añade que el “averle hallado el borrador [del *Lazarillo*] en la celda, de su propia mano escrito”, es “índice” muy claro de que él fue quien compuso el librito, “mostrando en un sugeto tan humilde la propiedad de la lengua castellana y el decoro de las personas que introduce, con tan singular artificio y donayre que merece ser leído de los que tienen buen gusto”. El jesuita Andrés Schott, residente en Amberes, desconoce obviamente este preciso y precioso testimonio; él ha oído decir que el autor del *Lazarillo* es Hurtado de Mendoza, el cual no lo escribiría seguramente en su edad madura, sino tal vez siendo estudiante en Salamanca (*ca.* 1523/25): “Ejus esse *putatur* satyricum illud ac ludicum «Lazarillo de Tormes», cum *forte* Salmanticae civili juri operam daret”<sup>2</sup>. La candidatura de Mendoza, sin embargo, ha tenido fortuna: hay ediciones del *Lazarillo* (y catálogos de bibliotecas) que intrépidamente lo ponen a él como autor, y todavía existen partidarios suyos más o menos convencidos. (Erika Spivakovsky llegó a ver en el *Lazarillo* una “transposición” de las experien-

<sup>2</sup> Los defensores de la paternidad de Mendoza conocen ciertamente estas cautelosas palabras, pero han preferido atender a las de Valerio Andrés Taxandro, “amanuense” de Schott, que en un *Catalogus* bibliográfico impreso en Maguncia en 1607, tras enumerar las obras serias de don Diego, añade escueta pero categóricamente que en lengua vulgar escribió “[quaedam] poemata et lepidum libellum Lazarilli de Tormes”. Las palabras de Schott, impresas un año después en Francfort (*Hispaniae Bibliotheca*, vol. 3), son una marcha atrás, pues dicen, en esencia: ‘La atribución de ese libro “satyricum ac ludicum” a Mendoza es hipotética (no segura, como entendió mi amanuense)’.

cias diplomáticas de don Diego en Italia: su relación con Paulo III es la de Lázaro con el ciego; su relación con Carlos V es la de Lázaro con el escudero; y el avaro clérigo de Maqueda es parodia de Cosimo de' Medici.) De mí sé decir que la atribución a fray Juan de Ortega, cautelosamente sostenida por Bataillon, me convence *plenamente*<sup>3</sup>. Pero también sé decir que, si el autor resultara ser indiscutiblemente Hurtado de Mendoza (o Lope de Rueda, o el mismísimo Sebastián de Horozco), diría para mis adentros: “¡Jamás me lo hubiera imaginado!”, pero el *Lazarillo* seguiría siendo para mí el mismo *Lazarillo*. Tampoco cambiaría nada si se demostrara que el autor —llámese como se llame o quédese como “anónimo”— era cristiano nuevo, según sostenía, sin más apoyo que sus peculiares y apasionadas construcciones mentales, don Américo Castro<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> El nombre de fray Juan de Ortega no aparece en la edición original (1937) de *Erasmus y España*, sino en la 1ª ed. de mi traducción (1950) = 2ª ed., 1966, p. 611, nota 3. Pero Bataillon deja intacto lo que había dicho en 1937: “Si supiéramos por algún testimonio fehaciente que el autor es un erasmista, habría que concluir que *lo oculta muy bien*”. Hay en el *Lazarillo* —dice— sátira de clérigos, pero es un anticlericalismo de *fabliau* (“la sátira erasmiana está animada de otro espíritu: no reprocha a los sacerdotes vivir mal, sino «creer mal», [...] no hay el menor asomo de un erasmismo que oponga el espíritu a las ceremonias, el alma al hábito”). Creo que Bataillon, por la índole misma de su libro, atiende aquí más al pensamiento religioso de Erasmo que a sus ideas sociales. El autor del *Lazarillo* no sólo dice, a su manera, que *monachus non est pietas* (*Enchiridion*), sino también que bajo un exterior humilde o grotesco suele haber un tesoro de humanidad (*Silenos de Alcibiades*, Bataillon, pp. 309-311); sabe también que lo cuerdo, en un matrimonio, es “hacerlo bueno a fuerza de mutua buena voluntad” (*Uxor mempsigamos*, Bataillon, pp. 287-288). — Por otra parte, Sigüenza no describe el *Lazarillo* como colección de burlas y donaires: lo tiene por libro “que merece ser leído” por gente seria (que es lo que dice también el “prólogo” del *Lazarillo*: el lector ideal es el que sabe “ahondar”). Y, así como Juan de Valdés había elogiado la *Celestina* porque sus autores “exprimieron con mucha destreza las naturales condiciones de las personas que introduxeron, guardando el decoro dellas”, así el P. Sigüenza elogia al P. Ortega por “el decoro de las personas que introduce” (¡ese ciego! ¡ese clérigo de Maqueda! ¡ese escudero! ¡ese Lázaro, tan complejo y tan entero!). — La semblanza del P. Sigüenza que nos ofrece Bataillon (pp. 743-749) es admirable: *erasmista* de corazón, tiene que “acallar verdades indiscretas” y proceder con aquella “heroica hipocresía” que Ortega y Gasset y Américo Castro veían en Cervantes. Obviamente, Sigüenza no puede decir: ‘Los reverendos señores inquisidores cometieron en 1559 una atrocidad al castigar este discretísimo libro, convirtiendo en vergüenza de la orden de San Jerónimo lo que es honra suya’. No lo dice, pero es como si lo dijera.

<sup>4</sup> De hecho, el primero que supuso converso al autor fue F. Maldonado de Guevara en 1945, pero esto no tuvo resonancia hasta que don Américo, que en 1940 había negado toda relación de la picaresca con el mundo de los cristianos nuevos, llevó en 1948 esa agua a su molino (*España en su historia: cristianos, moros y judíos*). — Es impresionante el poder de seducción de don Américo. Su tesis ha sido adoptada, entre otros, por un Gilman, un Lázaro Carreter y un Márquez Villanueva. (F. Rico, que la había aceptado en 1967, se retractó en 1980 en vista de la vigorosa crítica de E. Asensio, publicada en 1966.) En 1957 dijo Castro que *también* el escudero es cristiano nuevo, y también esta hipótesis ha tenido aplaudidores, uno de los cuales, D.

En el cap. 2, “La ricezione del *Lazarillo*” (pp. 135-182), estudia Martino la acogida que tuvo el libro en la España de los siglos XVI y XVII. Aunque ha hecho (como siempre) una investigación exhaustiva, los resultados no son de mucha sustancia. En primer lugar, las ediciones antiguas, las que ofrecían el texto completo —las cuatro de 1554 y quizá otras ligeramente anteriores o posteriores— dejaron simplemente de existir al ser puestas en el Índice en 1559. La *única* “apreciación” que del *Lazarillo* original —el aún no castigado— ha encontrado Martino (p. 152) es la de un oscuro escritor balear, Antonio Lull, que en su tratado *De oratione*, impreso en Basilea en 1558, pone el *Lazarillo* como modelo de construcción literaria (dice que el *poema dramaticum* tiene sus leyes y sus reglas, “ut docent Apuleius, Lucianus, Lazarillus”). Todas las otras señales de conocimiento y apreciación son posteriores a 1559. Lo que para entonces tenían en la mano los lectores era ya un *Lazarillo* mutilado y banalizado. Como dijo cierto Tomás Quixada a este propósito: “la vida del muy sacro Lazarico” ha quedado “muy azeda”, pues “le han dexado necio, corto y chico” (Martino, p. 155). Lo que Cervantes leyó fue el *Lazarillo* castigado. El bandolero Ginés de Pasamonte planea un relato de sus fechorías, y dice que será “tan bueno, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren”: el *Lazarillo* no es ya sino ejemplo (excelente) de los muchos libros de agudezas, de burlas, de enredos (“librillos de entretenimiento y donayre” los llama el gramático Ximénez Patón); compite con *El sobremesay* el *Buen aviso* de Timoneda y con la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz. Es más: en 1573 el *Lazarillo* se imprime como simple apéndice de la *Propalladia* de Torres Naharro, y entre 1599 y 1746 hay no pocas ediciones en que va añadido al *Galateo español* de Gracián Dan-tisco. Pero, obviamente, mucha materia del libro siguió viviendo, como lo muestra Martino aduciendo buen número de citas y referencias; por ejemplo, la “casa lóbrega y obscura” del escudero se hizo proverbial<sup>5</sup>.

Las apreciaciones del *Lazarillo* en los tiempos modernos son muy otra cosa. Es ésta la materia del cap. 5, “Le interpretazioni del *Lazarillo*” (pp. 315-378) y del cap. 6, “Apparenza e realtà” (pp. 379-554), que

---

McGrady, encuentra “overwhelming” el número de síntomas de criptojudasismo que muestra ese personaje. Por su parte, C. Guillén, G. A. Shipley y M. Molho piensan que el capellán del tratado sexto es converso, mientras que A. Ruffinatto cree que lo es el cura de Maqueda (¿no recuerda su “arcaz” el Arca de la Alianza?). Sólo faltaba decir que Lázaro mismo es cristiano nuevo; de esto se encargó R. Bjornson, seguido por A. Gómez Moriana y M. Ferrer-Chivite. (Variante de C. Guillén y A. Redondo: Lázaro no descende de judíos, sino de moriscos.)

<sup>5</sup> Martino ha tenido el acierto de recoger (pp. 171-174) los datos conocidos sobre los *Lazarillos* enviados de Sevilla al Nuevo Mundo (a México especialmente) de 1576 en adelante: 7 ejemplares en 1576, 12 en 1583, 34 en 1589, 32 en 1606. Hecha la debida extrapolación, se impone concluir que el *Lazarillo* (el castigado, por supuesto) siguió teniendo *muchos* lectores en España.

constituyen la porción más jugosa de tan jugoso libro. El primer moderno que vio que “debajo del sayal hay ál” (o sea: que el *Lazarillo* ofrece “deleite” a todo el mundo, pero también enseñanza a los lectores capaces de “ahondar”) parece haber sido Joaquín María Ferrer (1824), según el cual el libro es un alegato contra la clase dominante. Es más o menos la línea que siguen, entre otros, G. Ticknor (1849), A. Morel-Fatio (1888) y J. Cejador (1914). La tendencia a leer el libro como proclama social y política sigue viva. El *Lazarillo*, según A. Castro, es un ataque contra la nobleza y el clero (con antecedentes que se remontan al siglo XII). F. Sánchez-Blanco piensa lo contrario: el libro es un ataque de la nobleza “establecida” (la hereditaria) contra la pretendida “nobleza del saber” propugnada por el humanismo. Otros, como F. Márquez Villanueva, J. V. Ricapito y A. Vilanova, lo ven como mensaje erasmista y “alumbrado” (y el jesuita Th. Hanrahan le encuentra un espíritu francamente “luterano”). Bataillon, que nunca vio en la sátira anticlerical del *Lazarillo* color erasmiano, sugirió en 1971 un pequeño erasmismo, no por el lado del *Enchiridion*, sino por el lado de la *Moria*, desfile de necios entre los cuales hay el necio satisfecho de su necesidad y orgulloso de un (falso) triunfo social. Modelo “posible” (y marginal), dice Bataillon; pero A. Ruffinatto acoge con entusiasmo esa idea: la *Moria*, paradójico “elogio de la necesidad”, es la madre de ese “elogio de la mentira” que es el *Lazarillo*.

Cada una de las interpretaciones reseñadas por Martino tiene algún chiste. Están, por ejemplo, las lecturas “existencialistas” de F. Maldonado de Guevara (el *Lazarillo* como “parodia del mito del héroe-niño abandonado”, “meditación existencialista de la derelicción, de la deyección del Existente-en-el-Mundo”), de Dictino Álvarez (que coteja las “ideas” del autor con las de Sartre y Camus) y de algunos otros aficionados a honduras. Más fascinantes aún son las interpretaciones “psicoanalíticas”. Aquí la fantasía no conoce límites. Así, para J. Herrero, el “pilar o poste de piedra” de la plaza de Escalona es “el falo en erección del Estado imperial español”. H. Sieber, que coincide con Herrero en cuanto al pilar, ve muchos otros símbolos sexuales, uno de ellos la “lengua y afilada” nariz del ciego (las ganas que a Lázaro le dan de mordérsela son el impulso a castrar al padre simbólico). M. Ferrer-Chivite se mueve a sus anchas en ese terreno: las *calzas* viejas del arcipreste “suplantando metafóricamente al órgano sexual masculino”, tal como los *bodigos* “[suplantando] a los testículos y el *trigo* al semen” (pues el arcipreste, “además de ponerle los cuernos a Lázaro, lo sodomiza”), y también los *zapatos* del tratado cuarto son un “claro símbolo fálico” (para Sieber, simbolizaban el sexo femenino). Otros psicoanalizantes son B. Brancaforte (“abyección”, “obsesión neurótica”, etc.) y R. van Hoogstraten (símbolos fálicos, castraciones, sadomasoquismo). El lacaniano P. J. Smith habla de enajenación y paranoia.



(Sobre los “análisis formales”, a los cuales dedica Martino las pp. 366-378, no tengo nada que decir, salvo que siempre me han parecido inocuos: por lo general, no hacen sino llamar la atención sobre cosas que están a la vista.)

Vuelvo a lo que importa. ¿*Qué es este libro que tantas cosas ha dado que decir?* He aquí una respuesta muy simple: el *Lazarillo* es una novela ejemplar escrita en forma de carta dirigida por Lázaro de Tormes, vecino de Toledo, de oficio pregonero, a una persona X (“Vuestra Merced”) que le ha pedido noticias sobre su vida. Es carta desde la primera línea hasta la última. La división en un prólogo y siete *tractados* es “artificial” y perfectamente prescindible<sup>6</sup>, pero los primeros párrafos de la carta (el “prólogo”) son de importancia capital, ya que en ellos expone Lázaro el *quid* del asunto, como quien redacta la *propositio* de un discurso (lo cual es también “artificial”)<sup>7</sup>: el señor X, a quien le han hablado de Lázaro, tiene curiosidad por saber cómo es que “*vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades*”, y *vive*, sobre todo, tranquilo y feliz en su muy modesta situación social. Lázaro es la viva negación del universal *Nemo sua sorte contentus*; con razón ha querido X que “se le escriba y relate el caso muy por extenso”. Es un caso rarísimo.

Esta genérica e incolora palabra, *caso*, ha desatado un alud de lucubraciones por parte de los críticos modernos, a causa de que Lázaro vuelve a usarla al final de la carta, si bien a otro propósito: las malas lenguas, que nunca faltan, andan diciendo que su mujer es, so capa de “criada”, la manceba del arcipreste de San Salvador; hay una explicación entre los tres, y Lázaro, convencido de la inanidad de los chismes, le dice a X que a partir de ese momento “nunca nadie nos oyó sobre el *caso*”. Los críticos modernos concluyeron entonces, casi unánimemente, que el *caso* del comienzo no es sino el *caso* del final: lo que X ha oído decir es que Lázaro es un “cornudo feliz”; ha tenido el capricho de que el propio Lázaro le cuente *eso* por escrito, y Lázaro acepta al punto la invitación. Unos críticos lo ven como cínico descarado que *exhibe* (y no sólo ante X, sino ante todo el mundo) un des-

<sup>6</sup> F. Rico, “La *princeps* del *Lazarillo*”, en *Homenaje a Eug. Asensio*, 1988, pp. 420, 431 (nota), 432, 434 y 445, demuestra satisfactoriamente que esta división es ajena al autor.

<sup>7</sup> Por supuesto, *todo* el libro es “artificio”, ficción artística: quien escribe no es el personaje Lázaro (al cual bien podemos suponer analfabeto, o casi), sino el humanista Ortega, o cualquiera que sea el autor. No le veo utilidad al esfuerzo de Martino (p. 384) de distinguir en el “prólogo” dos voces que se alternan: la del autor y la de Lázaro; dice, por ejemplo, que las palabras “y a los que no ahondaren tanto...” son del autor, no de Lázaro. ¿Por qué no habían de serlo? Lázaro, deseoso de que las cosas que le cuenta a X “vengan a noticia de muchos”, sabe que no todos los futuros conocedores de su vida serán capaces de percibir su ejemplaridad; muchos (los más, seguramente) se limitarán a celebrar con risa las variadas aventuras. Lo cual ya es algo: el “deleite” es buen remedio para la melancolía.

honor gracias al cual goza de bienestar; otros lo ven como hipócrita mañoso que *oculta* la verdadera razón del bienestar; pero unos y otros han decidido que el bienestar y el deshonor están trabados. Quienes desfilan por estas 240 páginas del libro de Martino (capítulos 5 y 6) son legión, y casi todos ellos enlazan el un *caso* con el otro. Las excepciones son pocas, como M. J. Woods (1979) en un “documentato ed eccellente saggio” (como lo llama Martino, p. 401) y, antes de él, G. Sobejano (1975), buen lector del “prólogo”: el *caso* de que X pidió noticia no es sino “el proceso de cómo Lazarillo, con fuerza y maña, venció la fortuna contraria hasta salir a buen puerto”.

Este “buen puerto” —el bienestar, el “ascenso social” (de huérfano desvalido a pregonero en la imperial Toledo, de niño harapiento y descalzo a adulto que puede vestir ropas decentes)— ha venido a ser el núcleo de la cuestión, el ojo del huracán. Hay críticos que ven el ascenso social de Lázaro, en cuanto tal, como cosa reprochable. Uno de ellos es el propio Martino, el cual echa mano de un argumento que creo nadie había empleado (o al menos no con tal rigor): “Secondo la teologia morale cristiana, il desiderio di ascesa sociale è un peccato, anzi *il peccato per antonomasia*” (p. 438); “Sia dalla prospettiva della ideologia tradizionale, sia da quella di una religiosità moderna imbevuta di spirito paolino, ogini aspirazione a *medrar* e a *subir* appare riprovevole. Già nell’immagine della società come corpo mistico di Cristo è contenuta la negazione della mobilità sociale” (p. 449). Al *medrar*, según eso, Lázaro está atentando contra el cuerpo místico, está destruyendo la dulce armonía de la comunidad cristiana; en su mundo “non esistono piú i valori dell’amore reciproco, della carità, della solidarietà e della fraternità”, no existe ya “la comunità del corpo mistico di Cristo, o, almeno, la tradizionale comunità degli ordini o stati”; ese mundo es ahora “un deserto, una giungla, nella quale l’uomo è lupo all’uomo”.

Creo que Martino estira excesivamente la imagen del cuerpo místico de Cristo, cuyo sentido es religioso, no económico-social. Es verdad que, para Dios, tan miembro del cuerpo místico es el mendigo como el papa o el emperador, pero en ningún lugar dice Dios que cada ser humano debe quedarse, inmóvil, en la misma situación en que nació<sup>8</sup>: el rey David había sido en su infancia un inconspicuo pastor de ovejas;

<sup>8</sup> Es la filosofía fatalista de *El gran teatro del mundo*, tan parecida a la parábola con que Menenio Agrippa, en tiempos legendarios, atajó el descontento de la plebe romana. Fatalista es asimismo fray Antonio de Guevara (citado por Martino, p. 449): “El officio del labrador es cavar, el del clérigo rezar, el del official trabajar, el del mercader trampear, el del usorero guardar, el del pobre pedir, y el del cavallero dar”. (Según esto, el clérigo de Maqueda, con su “arcaz”, hace bien su officio de *guardar*, y el buldero el officio de *trampear*, pero Lázaro no desempeña como debe su papel de pobre, pues presume de no pedirle nada a nadie. Y el escudero, con toda su arrogancia de hidalgo, falla en el officio de *dar*.)



y si un hijo de humildes labradores llega a arzobispo, no puede decirse que sufra por ello el cuerpo místico. “En qualquiera parte que nazca el hombre, tiene *licencia* para procurar de ser muy grande y muy conocido”, dice Pero Mexía (citado por Martino, p. 439). Jamás ha sido *ilícito*. Lo que Martino reconoce es que “Lázaro ha certamente diritto a delle attenuanti” (p. 442), pues lo arrastran las corrientes de su siglo: el amor mutuo, la caridad, la solidaridad y la fraternidad que reinaban en el siglo xv (según fantasea Martino) han dejado de existir en el xvi<sup>9</sup> a causa de “la crisi dei valori spirituali e sociali e il dibattito sulla vera nobilità”, “la distruzione della comunita”, la “urbanizzazione e mobilita geografica”, la “mobilita sociale”, la “privatizzazione dei beni comunali”, la “progressiva affermazione della economia monetaria e del capitalismo”; en una palabra, la omnipotencia del dinero (pp. 448-524)<sup>10</sup>. Lázaro es un ser inmoral, pero ¿“come sopravvivere altrimenti” en semejante siglo? Para él ha sido de “crucial importancia” su relación con el escudero, cuya conducta es “esteriorizzazione e perversione del valore cardinale della società civile spagnola”, o sea “la honra, la negra honra”. Por lo tanto, “senza piú illusioni e senza remore morali sarà ormai in grado, conformandosi al comportamento degli altri, di farsi strada e di assicurarsi con ogni mezzo quel benessere economico che rappresenta l’única sua aspirazione. All’ascesa sociale corrisponderà cosí una parallela degradazione morale”. Vestirse como “hombre de bien” es adoptar la mentalidad al uso: “conformismo, ansia di *medro*, disponibilita ad accettare qualsiasi compromesso, professione puramente esteriore dei veri valori cristiani, ipocrisia, idolatria del denaro, del profitto, dell’utile e del benessere materiale” (pp. 410-415)<sup>11</sup>. Menos mal

<sup>9</sup> Apostilla marginal: éstos son, justamente, los sentimientos que animan la relación de Lázaro con el escudero: da de comer a quien lo tiene muerto de hambre: *caridad* químicamente pura.

<sup>10</sup> Huarte de San Juan (citado por Martino, p. 472) reconoce con toda sencillez que la segunda cualidad que ha de tener un hombre “para que enteramente se pueda llamar honrado” es poseer *hacienda*; la primera es el valor personal, y la nobleza de la sangre queda relegada a tercer lugar. (La sección que Martino dedica a “La Chiesa e il denaro”, pp. 473-483, es especialmente instructiva.)

<sup>11</sup> Yo encuentro totalmente injusta esta andanada. Lázaro es lo contrario del “idólatra del dinero”; no ha empleado “ogni mezzo”, sino sólo su industria —y también, seguramente, cierto encanto personal—, para llegar a un “bienestar” muy modesto. Todo el mundo quiere medrar, desde luego, pero él se queda en el punto adonde ha llegado, seguro puerto tras una azarosa navegación. “No va a cometer ahora la estupidez de arrojarse a las aguas revueltas de la ambición. Puede aplicarse a sí mismo el epigrama humanístico «Inveni portum, spes et fortuna valet...», como puede hacer suyo el *Ab ipso ferro* de fray Luis de León. Ha alcanzado por sí solo la *tranquillitas animi* tan apetecida por los sabios. Fray Luis añorará la dicha de *vivir* «ni envidiado ni envidioso»; Lázaro la ha logrado: ni envidia a nadie ni permite que la envidia ajena lo altere”. (Estas frases pertenecen a un artículo mío, “Contra los denigradores de Lázaro de Tormes”, escrito a fines de 1999 y destinado a un homenaje a Carlos Blanco Aguinaga, de próxima publicación.)

que también aquí encuentra Martino una “atenuante” (p. 440): “Se Lázaro incorre nel *peccato grave di aspirare a salire* [yo subrayo], non per questo precipiterà «en la inmoralidad más abyecta», nel «cínico exhibicionismo», nel «cinismo integral», [como afirma] F. Márquez Villanueva”.

Queda por considerar el asunto de los cuernos. Desde 1927, cuando F. C. Tarr, refutando a Bonilla —para quien el *Lazarillo* era una serie inconexa de episodios—, encontró en el libro “a definite plan, an unmistakable continuity”, y vio un paralelismo entre el amancebamiento de la madre de Lázaro (al comienzo) y el supuesto amancebamiento de su mujer (al final)<sup>12</sup>, los críticos, salvo muy contadas excepciones, han tomado como hecho comprobado y establecido la deshonor marital de Lázaro<sup>13</sup>. Martino lo siente así también: “La realtà dell’adulterio è *certa*”, dice (p. 423) replicando a M. J. Woods, que observaba la falta de una “firm evidence”. Encuentra, sí, también aquí una “atenuante” (p. 397): “Molti studiosi fanno, erroneamente, dipendere l’ascesa sociale dall’accettazione del disonore coniugale”, y no es así: Lázaro ya había conseguido su ascenso social; ya era un hábil pregonero<sup>14</sup>. Pero esta pequeña puntualización no cuenta mucho: el Lázaro que en el “prólogo” se presenta como ejemplo de “quánta virtud sea saber los hombres subir siendo baxos” es, dice Martino (pp. 445-446), el Lázaro “che ha già accettato di chiudere gli occhi sulla relazione adulterina della moglie”.

Para que sea más clara mi réplica a Martino y a las docenas de críticos que lo han precedido en cuanto a la condena moral, diré aquí muy sucintamente lo que es para mí el *Lazarillo*. El autor se ha propuesto exhibir (como hará a su debido tiempo el P. Feijoo) una serie de “errores comunes”. Pero lo hace con ambigüedades, con ironías, con “trampas” sabiamente colocadas, sobre todo al principio y al final. Error común es ver en el hijo de un humildísimo molinero un

<sup>12</sup> Paralelismo, a decir verdad, muy torcido. De ser verdad el segundo amancebamiento, supongo que el deber de Lázaro hubiera sido lavar calderonianamente con sangre su deshonor. Pero es el colmo del absurdo pedirle eso a un niño que no tiene sino a su madre y a un negro no unido sacramentalmente con ella, pero que “siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños a que nos calentábamos”. (Zaide es un perfectísimo “sileno de Alcibíades”).

<sup>13</sup> A veces se añaden “refinamientos”. Uno muy curioso y muy laberíntico es el que Martino menciona en la p. 381: “R. Archer [en *MLR*, 1985] è dell’opinione che l’arciprete e non *Vuestra Merced* sia «the real addressee of the epistle» e che la lettera di ricatto sia stata inviata da Lázaro all’arciprete, con minaccia implicita di farla pervenire a *Vuestra Merced*, per costringerlo a pagare piú generosamente i servizi sessuali di sua moglie” (!).

<sup>14</sup> Martino examina despacio la cuestión en las pp. 416 ss., y reconoce que “nessuna prova si può produrre per dimostrare che Lázaro, scientemente e deliberatamente, abbia accettato *sin dall’inizio* di servire da paravento”, pero su conclusión es: “Il comportamento di Lázaro, stigmatizzato da tanti critici con le parole piú dure, è *sicuramente* immorale” (p. 421).

*ser vil* (y destinado a vileza perpetua); error común aceptar que la fea ¡y negra! catadura de un Zaide denota un corazón criminal; error común pensar que todo ministro de Cristo es caritativo; error común creer que un hidalgo es, sólo por eso, miembro respetable de la sociedad; error común aceptar como moneda contante y sonante lo que dicen unas malas lenguas anónimas; etc., etc. La última trampa es la más sutil, y en ella han caído las docenas de críticos<sup>15</sup>, pues en este caso el autor está casi *invitando* a los lectores a caer en ella, a aceptar lo que dicen las malas lenguas, olvidando que, si a veces tienen razón (“piensa mal y acertarás”), a veces no la tienen<sup>16</sup>. No se ha demostrado, y no se demostrará nunca, que el *Lazarillo* es la autobiografía de un cornudo. Hago mío lo que en 1979 dijo M. J. Woods en un artículo significativamente intitulado “*Pitfalls for the moralizer*”: si hay adulterio, quien carga con la culpa moral es el arcipreste, no Lázaro; y si suponemos que Lázaro es “the moral reprobate he has been made out to be, that assumption is *ours alone*”.

El *Lazarillo* es un libro eminentemente revolucionario, un alegato contra las hipocresías y los falsos valores, una defensa de la autenticidad y de la *vida*, y en 1554 venía a ser un reto cuasi-anarquista al “programa” de la Contrarreforma y de Felipe II. Por eso en 1559, de la misma manera fulminante como Erasmo pasó a ser hereje vitando, el *Lazarillo* pasó a ser libro peligroso<sup>17</sup>. El único *Lazarillo* que a partir de entonces fue posible leer es el que Juan López de Velasco publicó en 1573, suprimiendo todo lo que el Índice había ordenado

<sup>15</sup> Hay “trampas” de otro tipo. El padre de Lázaro murió “en la de los Gelves”, gloriosa y legendaria acción militar. Lectura ingenua: murió, sí, pero no con la noble espada en la mano, sino como insignificante acemilero; –lectura ahondada: *todos* los caídos en una batalla tienen la sangre colorada. Al final alardea Lázaro de desempeñar un “oficio real”. Lectura ingenua: sí, pero el más bajo de la escala burocrática; –lectura ahondada: Lázaro se burla de las categorías administrativas; y además, el de pregonero es de veras un “oficio real”. Se trata de un alarde humorístico.

<sup>16</sup> La “trampa” o ambigüedad del autor me hace pensar en la de Baltasar del Alcázar, cuya adivinanza “Hombres que gustos buscáis...” está hecha toda de pistas falsas: “Mí cuerpo os doy por comida / en este pan encubierto... / Yo fui cordero llamado, / pero después me vendieron...”, etc. El copista del manuscrito editado en 1910 por Rodríguez Marín cae redondo en la trampa, pues concluye que “Es la comunión” (*a pesar* de que Alcázar termina con esta advertencia: “El que lo sabe lo diga, / y mire bien el discreto / qué puede ser esta enigma, / porque *no* es el Sacramento”). En otro manuscrito, consultado por V. Núñez Rivera para su edición de Alcázar (Cátedra, Madrid, 2001), se lee la solución verdadera, la del “discreto”: ¡“Es la carne del pastel”!

<sup>17</sup> El reciente hallazgo (1992) del ejemplar de la edición de Medina del Campo es de enorme importancia: por una parte, da mucha fuerza a la persuasión de que el *Lazarillo* original se imprimió más veces que las conocidas; y, por otra, manifiesta hasta qué punto causaba miedo un ukase inquisitorial: el dueño de ese ejemplar lo tenía no debajo de la cama, ni bajo llave, sino “emparedado” en su casa de Barcarrota (provincia de Badajoz) junto con otras lecturas “vitandas”. Véase Martino, pp. 5-8.

suprimir y dejándolo, como dijo en 1577 el desconocido (y simpático) Tomás Quixada, “corto y chico”, “necio y acedo”. Los críticos que convierten el fuerte libro original en la trillada historia de unos cuernos (sufridos por un don nadie) lo están empobreciendo y lo están deturpando.

La deturpación se inició ya en 1554, en la edición de Alcalá de Henares, con los añadidos “reaccionarios”, típicamente contrarreformistas, que en ella se pusieron para convertir al intachable Lázaro en un pícaro redomado, una vergüenza social<sup>18</sup>. Veamos la adición que cuenta las profecías u oráculos pronunciados en Escalona. El ciego palpa unas sogas de esparto y las llama “mal manjar, que ahoga sin comerlo”; Lázaro no entiende, y el ciego le explica: “Según las mañas que llevas, lo sabrás, y verás cómo digo verdad”. Las *mañas* que lleva Lázaro hasta ese momento son las pequeñas sangrías en el fardel del pan, el hurto de algunas moneditas, el “agujero sutil” en el jarro de vino y la trampa del racimo de uvas. Tales son las señales de que Lázaro acabará en la horca (ni siquiera en galeras). Poco después el ciego “asíó de un cuerno” de los que servían para atar los recueros de las bestias y le dijo a Lázaro: “Algún día te dará este que en la mano tengo alguna mala comida y cena”. La primera profecía tiene alguna lógica (con mañas así suele iniciarse un *rake's progress*), pero la segunda es descabellada: ¿qué tienen que ver unas mañas ingeniosas con los bocados amargos que debe tragarse un marido engañado por su mujer? Seguramente el adicionador no encontró lugar mejor en que meter la deshonra más vistosa: ¡los cuernos! Pero el éxito de este añadido ha sido asombroso.

Repito lo ya dicho desde el principio. El libro de Alberto Martino es admirable; resplandece por su erudición, por la claridad con que transmite infinidad de noticias, por la finura de sus análisis. Pre-

<sup>18</sup> La primera novela picaresca no es el *Guzmán de Alfarache*, sino ese *Lazarillo* de Alcalá. Increíble parece que estas interpolaciones tan burdas, y rechazadas por la gran mayoría de los críticos, sean tomadas en serio por algunos. J. Weiner dice (1982) que “encajan literaria y temáticamente con la obra en general”, y M. Ferrer-Chivite cree (1998) que se deben a la mano del autor; L. J. Cisneros se preguntaba incluso (1946) si la edición de Alcalá no será la más apegada al original (y la única completa). – No hay que echar en saco roto esta circunstancia: desde 1559 (cuando el libro original quedó en el Índice) hasta finales del siglo XVI no hubo en España sino una sola impresión del *Lazarillo*: la de Madrid, 1573, o sea la emasculada; pero en 1599, apenas unas semanas después de salir a luz la primera de las cinco impresiones que en ese año se hicieron del exitosísimo libro de Mateo Alemán, el librero Juan Berrillo se acordó del ya olvidado *Lazarillo* y se apresuró a publicar una edición a la cual siguieron otras más. Dice Martino (p. 139): “Gli editori spagnoli, lanciando sul mercato il *Lazarillo* per approfittare del successo della *Vida del pícaro* [Guzmán de Alfarache], dimostravano di aver riconosciuto l'affinità delle due opere e la loro appartenenza allo stesso genere”. En efecto, el *Lazarillo* deturpado es ya una novela picaresca, cosa que el *Lazarillo* original ciertamente no fue.

cisamente a causa de ello me he detenido en las porciones que, según yo, merecerían un poco más de atención y de ahondamiento. (Algunas de las cosas que digo se encontrarán, más desarrolladas, en el artículo mencionado al final de la nota 10.)

ANTONIO ALATORRE  
El Colegio de México

MARIA GRAZIA PROFETI (ed.), *“Otro Lope no ha de haber”*. *Atti del Convegno Internazionale su Lope de Vega. Vol. 2, 10-13 Febbraio 1999*. Ali-nea, Bologna, 2000; 250 pp. (*Secoli d’Oro*, 15).

La colección *Secoli d’Oro* se ha caracterizado por ser uno de los puntos fuertes en el terreno editorial que cubre los estudios literarios en torno a los Siglos de Oro. Entre los números que se han publicado se encuentran ediciones de ponencias presentadas en coloquios y congresos que versaron sobre problemas de representación, traducción y recepción del teatro aurisecular, sobre Cervantes, Lope de Vega y Calderón, por citar algunos de los intereses prioritarios de la colección.

El volumen del que hablaremos es el segundo de tres que, bajo el título *“Otro Lope no ha de haber”*, reúne quince estudios sobre personajes, técnicas de representación y temas de la producción lopesca. La riqueza de estos acercamientos a la obra de Lope se pone en evidencia con “Paremiología, genealogías y comedia: el caso de *La ocasión perdida*” trabajo de Enrico di Pastena donde se examina el tópico de la ocasión y su fugacidad. Pastena señala como rasgo característico de la producción lopesca de madurez la aparición, cada vez más frecuente desde la segunda jornada hasta la tercera, de una parte central de los refranes que dan título a buen número de obras de Lope; esta reiteración acaba por ser la clave para intuir el desenlace, que será más original en cuanto al refrán se le dé en la obra un sentido alejado de la tradición paremiológica. También C. George Peale —“Lope, Mnemosina, el Romancero y *El villano en su rincón*”— se ocupa de relaciones intertextuales, pues ve en la canción de gala y flor del acto II de *El villano* una parodia sustentada en alusiones a subtectos como los romances *La caza de Celinos* y *La muerte ocultada*. Peale acaba por preguntarse cómo se habrán representado en el escenario tales contrastes paródicos, si se tiene en cuenta que los romances estaban codificados para otros registros de enunciación.

Por su parte, Victor Dixon, Paloma Fanconi Villar y María E. Castro de Moux se ocupan de algunas figuras femeninas lopescas. Dixon —“Lope de Vega y la educación de la mujer”— cree que buena parte de las discusiones en pro y en contra de la educación de la mujer